

CULTURA

SUPLEMENTO SEMANAL DE LA HORA, IDEA ORIGINAL DE ROSSAURO CARMÍN Q.

UMBERTO ECO:
La obsesión laica por
un nuevo Apocalipsis

PRESENTACIÓN

niciamos el año, lo estrenamos, con un texto tomado del libro titulado "In cosa crede chi non crede?", escrito por Umberto Eco y el Cardenal Carlo Maria Martini con el propósito de dialogar sobre diversos tópicos de actualidad generado por el intercambio epistolar en el año 1995. El libro es una joya, no solo por la calidad intelectual de sus autores, sino por la reflexión filosófica en temas tales como el aborto, el sacerdocio de las mujeres y la posibilidad de una ética común sea para quien cree como para quien no crea.

El texto que presentamos en nuestra edición corresponde a la primera carta enviada por Eco a Martini donde se aborda el tema de "la obsesión laica por un nuevo Apocalipsis". Eco se remonta hasta los orígenes del cristianismo para establecer la comprensión del significado del fin de los tiempos y la manera cómo se ha laicizado ese término en la vida de la sociedad contemporánea.

Sugiere que el milenarismo instaurado a partir del Apocalipsis no solo comporta una visión que, asumida puede ser triste -muy al estilo del gnosticismo-, sino que genera una idea de historia donde al ser Cristo, "Alfa y Omega", se gesta un optimismo original cristiano. Además, como si fuera poco, reconoce que solo desde esa perspectiva histórica puede ser posible la esperanza, tan necesaria en nuestros tiempos.

Según Eco, el germen apocalíptico se ha secularizado pero desde la modalidad de un estilo de vida cortoplacista donde lo que importa es el "bibamus, edarnus, cras moriemur" (comamos y bebamos porque mañana moriremos). Así, por muy increyentes y posmodernos que seamos, dice el semiólogo italiano, "cada uno juega con el fantasma del Apocalipsis, al tiempo que lo exorciza, y cuanto más lo exorciza más inconscientemente lo teme, y lo proyecta en las pantallas en forma de espectáculo cruento, con la esperanza de así haberlo convertido en irreal. La fuerza de los fantasmas, sin embargo, reside precisamente en su irreabilidad".

El Suplemento invita a la lectura. Le invitamos a considerar las propuestas de Mario Roberto Morales, Víctor Muñoz, Catalina Barrios y Barrios, Max Araujo y Carlos Interiano, estamos seguros de que los contenidos serán de su agrado. Mientras nos concentramos en la próxima edición, le enviamos nuestros saludos y mejores deseos para un bendecido 2020.



LA OBSESIÓN LAICA POR UN NUEVO APOCALIPSIS

UMBERTO ECO
Filósofo y escritor

Querido Carlo María Martini:

Confío en que no me considere irrespetuoso si me dirijo a usted llamándole por su nombre y apellidos, y sin referencia a los hábitos que viste. Entiéndalo como un acto de homenaje y de prudencia. De homenaje, porque siempre me ha llamado la atención el modo en el que los franceses, cuando entrevistan a un escritor, a un artista o a una personalidad política, evitan usar apelativos reductivos, como profesor, eminencia o ministro, a diferencia de lo que hacemos en Italia. Hay personas cuyo capital intelectual les viene dado por el nombre con el que firman las propias ideas. De este modo, cuando los franceses se dirigen a alguien cuyo mayor título es el propio nombre, lo hacen así: "Dites-moi-, Jacques Maritain", "dites-moi, Claude Lévi-Strauss". Es el reconocimiento de una autoridad que seguiría siendo tal aunque el sujeto no hubiera llegado a embajador o a académico

de Francia. Si yo tuviera que dirigirme a San Agustín (y confío en que tampoco esta vez me considere irreverente por exceso) no le llamaría "Señor obispo de Hipona" (porque otros después de él han sido obispos de esa ciudad), sino "Agustín de Tagaste".

Acto de prudencia, he dicho, además. Efectivamente, podría resultar embarazoso lo que esta revista ha requerido a ambos, es decir un intercambio de opiniones entre un laico y un cardenal. Podría parecer como si el laico quisiera conducir al cardenal a expresar sus opiniones en cuanto a principio de la Iglesia y pastor de almas, lo que supondría una cierta violencia, tanto para quien es interpelado como para quien escucha. Es mejor que el diálogo se presente como lo que es en la intención de la revista que nos ha convocado: un intercambio de reflexiones entre hombres libres. Por otra parte, al dirigirme a usted de esta forma, pretendo subrayar el hecho de su consideración como maestro de vida intelectual y moral incluso

por parte de aquellos lectores que no se sienten vinculados a otro magisterio que no sea el de la recta razón.

Superados los problemas de etiqueta, nos quedan los de ética, porque considero que es principalmente de éstos de los que debería ocuparse cualquier clase de diálogo que pretenda hallar algunos puntos comunes entre el mundo católico y el laico (por eso no me parecería realista abrir en estas páginas un debate sobre el *Filioque*). Pero a este respecto, habiéndome tocado realizar el primer movimiento (que resulta siempre el más embarazoso), tampoco me parece que debamos adentrarnos en una cuestión de rabiosa actualidad, sobre la que quizás surgirían de inmediato posiciones excesivamente divergentes. Lo mejor, pues, es alzar la mirada y plantear un argumento de discusión que, aun siendo en efecto de actualidad, hunde sus raíces lo suficientemente lejos y ha sido causa de fascinación, temor y esperanza para todos

CULTURAL

ES UNA PUBLICACIÓN DE:

La Hora Fundado en 1920

DIRECTOR GENERAL:
OSCAR CLEMENTE MARROQUÍN

DIRECTOR:
PEDRO PABLO MARROQUÍN P.

EDITOR DE SUPLEMENTO:
EDUARDO BLANDÓN
ejblandon@lahora.com.gt

DIAGRAMACIÓN:
ALEJANDRO RAMÍREZ

los componentes de la familia humana en el curso de los dos últimos milenios.

Acabo de pronunciar la palabra clave. En efecto, nos estamos acercando al final del segundo milenio, y espero que sea todavía “políticamente correcto”, en Europa, contar los años que cuentan partiendo de un evento que tan profundamente —y estarán de acuerdo incluso los fieles de cualquier otra religión o de ninguna— ha influido en la historia de nuestro planeta. La cercanía de esta fecha no puede dejar de evocar una imagen que ha dominado el pensamiento durante veinte siglos: el Apocalipsis.

La vulgata histórica nos dice que en los años finales del primer milenio se vivió obsesionado por la idea del fin de los tiempos. Es verdad que hace mucho que los historiadores descartaron como legendarios los tan cacareados “terrores del Año Mil”, la visión de las masas dolientes aguardando un alba que no habría de llegar, pero al mismo tiempo establecieron que la idea del final había precedido en algunos siglos a aquel día fatal y, lo que es aún más curioso, que lo había sobrevivido. De ahí tomaron forma los varios *milenarismos* del segundo milenio, que no fueron únicamente movimientos religiosos, por ortodoxos o heréticos que fueran, porque hoy en día se tiende a clasificar también como formas de milenarismo a muchos movimientos políticos y sociales, y de matriz laica e incluso atea, que pretendían acelerar violentamente el fin de los tiempos, no para construir la Ciudad de Dios, sino una nueva Ciudad Terrena.

Libro bífido y terrible, el *Apocalipsis* de San Juan, junto con la secuela de *Apocalipsis apócrifos* a los que se asocia —apócrifos para el Canon, pero auténticos para los efectos, las pasiones, los terrores y los movimientos que han suscitado—, puede ser leído como una promesa, aunque también como el anuncio de un final, y así ha sido reescrito a cada paso, es esta espera del 2000, incluso por parte de quienes no lo han leído. No ya, pues, las siete trompetas, y el pedrisco y el mar que se convierte en sangre, y la caída de las estrellas, y las langostas que surgen con el humo del pozo del abismo y los ejércitos de Gog y Magog, y la Bestia que surge del mar; sino el multiplicarse de los depósitos nucleares incontrolados e incontrolables, y las lluvias ácidas, y los bosques del Amazonas que desaparecen, y el agujero de ozono, y las migraciones de hordas de desheredados que acuden a llamar, a veces con violencia, a las puertas del bienestar, y el hambre de continentes enteros, y nuevas e incurables pestilencias, y la destrucción interesada del suelo, y los climas que se modifican, y los glaciares que se deshielan, y la ingeniería genética que construirá nuestros *replicantes*, y, según el ecologismo místico, el necesario suicidio de la humanidad entera, que tendrá que perecer para salvar a la especie que casi ha destruido, la madre Gea a la que ha desnaturalizado y sofocado.

Estamos viviendo (aunque no sea más que en la medida desatenta a la que nos han acostumbrado los medios de comunicación de masas) nuestros propios terrores del final de los tiempos, y podríamos decir que los vivimos con el espíritu del *bibamus, edarnus, cras moriemur*¹, al celebrar el crepúsculo de las ideologías y de la solidaridad en el torbellino de un consumismo irresponsable. De este modo, cada uno juega con el fantasma del Apocalipsis, al tiempo que lo exorciza, y cuanto más lo exorciza más inconscientemente lo teme, y lo proyecta en las pantallas en forma de espectáculo cruento, con la esperanza de así haberlo convertido en irreal. La fuerza de los fantasmas, sin embargo, reside precisamente en su irrealidad.

Ahora quisiera proponer la idea, algo osada, de que

el concepto del fin de los tiempos es hoy más propio del mundo laico que del cristiano. O dicho de otro modo, el mundo cristiano hace de ello objeto de meditación, pero se comporta como si lo adecuado fuera proyectarlo en una dimensión que no se mide por el calendario; el mundo laico finge ignorarlo, pero sustancialmente está obsesionado por ello. Y no se trata de una paradoja, porque no se hace más que repetir lo que ya sucedió en los primeros mil años.

No me detendré en cuestiones exegéticas que usted conoce mejor que yo, pero quisiera recordar a los lectores que la idea del fin de los tiempos surgía de uno de los pasajes más ambiguos del texto de San Juan, el capítulo 20. Éste dejaba entender el siguiente “escenario”: con la Encarnación y la Redención, Satanás fue apresado, pero *después de mil años* regresará, y entonces será inevitable el choque final entre las fuerzas del bien y las del mal, coronado por el regreso de Cristo y el Juicio Universal. Es innegable que San Juan habla de mil años, pero ya algunos Padres de la Iglesia habían escrito que mil años son para el Señor un día, o un día, mil años, y que por lo tanto no había que tomar las cuentas al pie de la letra; en San Agustín la lectura del fragmento adquiere un significado “espiritual”. Tanto el milenio como la Ciudad de Dios no son acontecimientos históricos, sino más bien místicos, y el Armagedón no es de esta tierra; evidentemente, no se niega que la historia pueda finalizar algún día, cuando Cristo descienda para juzgar a los vivos y a los muertos, pero lo que se pone en evidencia no es el *fin* de los siglos, sino su *proceder*, dominado por la idea reguladora (no por el plazo histórico) de la parusía.

Con ello, no sólo San Agustín, sino la patrística en su conjunto dona al mundo la idea de la Historia como trayectoria hacia delante, idea extraña para el mundo pagano. Hasta Hegel y Marx son deudores de esta idea fundamental, como lo será Teilhard de Chardin. Fue el cristianismo el que inventó la historia, y es en efecto el moderno Anticristo quien la denuncia como enfermedad. El historicismo laico, si acaso, ha entendido esta historia como

1 Bebamos, comamos, mañana moriremos. (N. del T.)

infinitamente perfectible, de modo que el mañana perfeccione el hoy, siempre y sin reservas, y en el

curso de la historia misma Dios se vaya haciendo a sí mismo, por así decirlo, educándose y enriqueciéndose. Pero no es ésta la forma de pensar de todo el mundo laico, que de la historia ha sabido ver las regresiones y las locuras; en cualquier caso, se da una visión de la historia originalmente cristiana cada vez que este camino se recorre bajo el signo de la Esperanza. De modo que, aun siendo capaz de juzgar la historia y sus horrores, se es fundamentalmente cristiano tanto si se comparte el optimismo trágico de Mounier, como si, siguiendo a Gramsci, se habla del pesimismo de la razón y del optimismo de la voluntad.

Considero, pues, que hay un milenarismo desesperado cada vez que el fin de los tiempos se contempla como inevitable, y cualquier esperanza cede el sitio a una celebración del fin de la historia, o a la convocatoria del retorno a una tradición intemporal o arcaica, que ningún acto de voluntad y ninguna reflexión, no digo ya racional, sino razonable, podrá jamás enriquecer. De esto surge la herejía gnóstica (también en sus formas laicas), según la cual el mundo y la historia son el fruto de un error, y sólo algunos elegidos, destruyendo ambos, podrán redimir al propio Dios; de ahí nacen las distintas formas de superhumanismo, para las que, en el miserable escenario del mundo y de la historia, sólo los adeptos a una raza o a una secta privilegiada podrán celebrar sus llameantes holocaustos.

Sólo si se cuenta con un sentido de la dirección de la historia (incluso para quien no cree en la parusía) se pueden amar las realidades terrenas y creer —con caridad— que exista todavía lugar para la Esperanza.

¿Existe una noción de esperanza (y de propia responsabilidad en relación con el mañana) que pueda ser común a creyentes y a no creyentes? ¿En qué puede basarse todavía? ¿Qué función crítica puede adoptar una reflexión sobre el fin que no implique desinterés por el futuro, sino juicio constante a los errores del pasado? Pues de otra manera sería perfectamente admisible, incluso sin pensar en el fin, aceptar que éste se aproxima, colocarse ante el televisor (resguardados por nuestras fortificaciones electrónicas) y esperar que alguien *nos divierta*, mientras las cosas, entre tanto, van como van. Y al diablo los que vengan detrás.

Umberto Eco, marzo de 1995



Umberto Eco y el Cardenal Carlo Maria Martini.

EL RETORNO DEFINITIVO, A GUATEMALA, DE MARIO MONTEFORTE TOLEDO

MAX ARAUJO
Escritor

Durante muchos años - para los de mi generación- Mario Monteforte Toledo fue un mito. Se sabía que vivía en México, que era un excelente escritor, un político de la revolución del 44, un hombre de mundo y un dandi. En 1986 Víctor Cerezo, Presidente de la República, lo invitó a que regresara del exilio, llegó entonces a Guatemala. Su presentación pública se hizo en la Biblioteca Nacional. Muchos llegamos para escucharlo y conocerlo. A partir de ese momento se inició entre nosotros una amistad que terminó con su muerte, en 2003.

Son muchas las anécdotas que podría contar de él, en las que fui observador o coprotagonista, sin embargo, solo contaré una, cuando después de haberse ido de Guatemala, a fines de los 80, previas despedidas, entre ellas una que le organizamos en el restaurante Altuna, de la zona 1, ocasión en la que nos prometió a los presentes que no envejecería porque dijo que envejecer era asqueroso-, volvió a Guatemala, a principios de los 90, en un retorno definitivo que solo se interrumpió con algunos viajes ocasionales al extranjero.

La anécdota es la siguiente: Al atardecer

de un día cuya fecha no recuerdo, recibí una llamada telefónica de Mario en la que me anunció que ya se encontraba nuevamente en Guatemala, que acababa de llegar y que se encontraba hospedado en el Hotel Colonial -7 avenida de la zona 1-. Requería con urgencia de mi presencia. Invité a Humberto Ak'abal, quien en ese momento se encontraba en mi oficina profesional, para que me acompañara, para presentarlos. Se sumó a nosotros Carlos Gandinni, nieto de uno de mis vecinos de nuestra casa de la Quinta Samayoa, en ese momento un adolescente que cursaba la secundaria, y que hasta la fecha -ahora un abogado y notario de prestigio- él y sus hijitas me consideran su tío, al que le guardan mucho respeto y cariño. Carlos, desde niño, fue conmigo muchas veces a eventos culturales y a reuniones con escritores.

La urgencia de Mario era porque en cualquier momento le avisarían de la llegada a la ciudad de Guatemala de su caballo "El Esperado". Este fue un hermoso ejemplar, para equitación, que recibió de la familia Domecq, de la rama de México, a cambio de un cuadro de Guayasamín, que en su momento le fue obsequiado por este famoso pintor ecuatoriano, cuando Mario vivió en su casa durante un tiempo. De su estadía en Ecuador hizo esposa -Corina, con quien

tuvo una hija- las más pequeña de sus descendientes. Las dos le sobreviven.

"El Esperado" fue transportado, según se nos informó, en un vehículo apropiado desde la ciudad de México hasta la frontera con Guatemala. Desconozco quien hizo los trámites aduaneros pero el caso es que ya en territorio nacional, en tránsito hacia la ciudad de Guatemala, el equino viajó en un camión en condiciones deplorables. De milagro no sufrió lesiones que le habrían hecho imposible cumplir con la función para la que vino a Guatemala -la de servirle a Mario para que hiciera sus faenas de equitación, que, según dicho jinete, equivalían a un ejercicio fuerte, de un par de horas, en cualquier gimnasio.

El caso es que mientras en el hotel esperamos durante varias horas una llamada, para mi misteriosa, Humberto Ak'abal, Mario y su esposa Mireya Iturbe, intercambiaron entre ellos una conversación de conocimiento mutuo y de trabajos literarios. Con Gandinni, fuimos en esos momentos más que contertulios unos oyentes.

A eso de las tres de la mañana Mario recibió la tan esperada llamada, y como si fuésemos bohemios trasnochados atravesamos en mi vehículo, -yo como chofer-, una ciudad con calles desiertas hasta llegar a un punto de la calzada Aguilar Batres, en donde el conductor

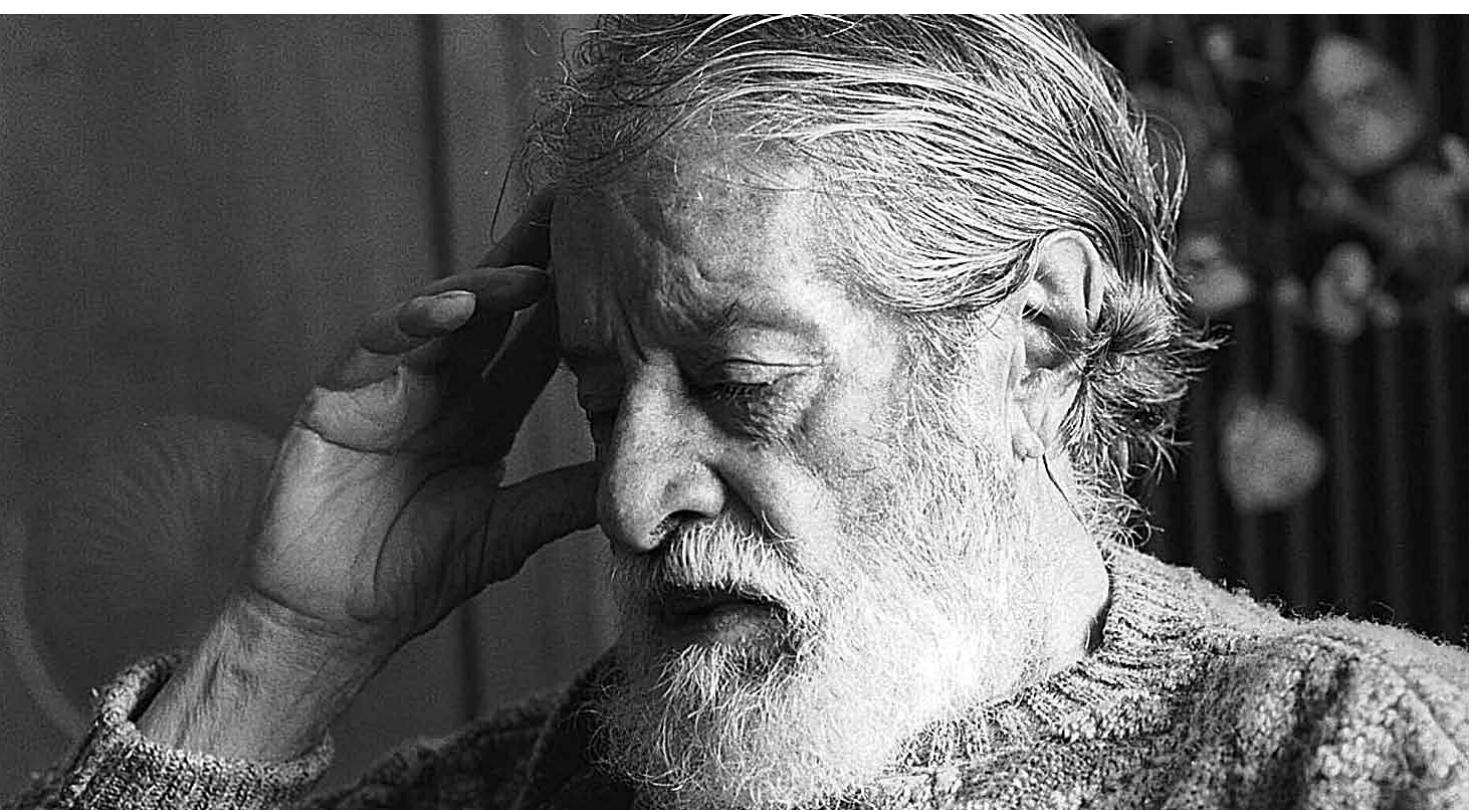
del infame camión que traía al equino nos hizo -de manera sospechosa para cualquiera que no fuésemos nosotros- un intercambio de luces, que haciendo lo mismo le contesté con mi Chevrolet rojo, compañero de muchas atenciones a escritores extranjeros que nos visitaron. Aún el uso de celulares no era moneda corriente. Terminados esos apagones y encendidos de luces, descendimos de los respectivos vehículos.

Después de las palabras habituales para la ocasión Monteforte ordenó una caravana. Mi vehículo iba adelante y detrás el camión, siguiéndonos. Nuestro destino fueron las caballerizas del Hipódromo del Sur, en donde unos somnolientos guardianes nos dieron paso hacia un lugar que ya tenían destinado para "El Esperado". En cuanto lo situaron le dieron de beber y comer. Se notó el hambre y la sed del infortunado viajero. Mario no cesaba de acariciar la cabeza del animal.

Estando ahí nos dieron las cinco de la mañana, por lo que ya comenzaba a amanecer. Nos despedimos de nuestros anfitriones. Me tocó ir a dejar a Monteforte al Hotel donde horas antes nos habíamos encontrado, luego a Ak'abal a su casa de la colonia Monserrat. A mi hogar y al de Carlos llegamos a las siete de la mañana, en donde tanto mi padre como don Rubén nos recibieron preocupados. No sabían por dónde andábamos.

El Epílogo de esta historia es que, entre Monteforte, Mireya y Ak'abal, se inició una amistad, más beneficiosa para Humberto que para Mario. Y que días después el profesor de literatura guatemalteca, que le daba clases a Charlie (Gandinni) en el colegio San José de los Infantes afirmó en su curso que Mario Monteforte había muerto hacía muchos años, por lo que el adolescente le replicó que no, que él había estado con él días antes, por lo que el profesor dudó.

Le indicó además que no le creía, y que cómo lo podía probar, por lo que el jovencito, más avispado que lento, le contestó, pregúntele a mi tío Max Araujo, y él le dirá que es cierto. Enseguida le narró al sorprendido profesor, y a sus condiscípulos, nuestra aventura. El docente que había sido mi compañero en la secundaria, que conocía de mis actividades en el mundo de la cultura guatemalteca, le contestó: "sí, así como lo cuenta sí le creo".



CUENTO GEDEÓN EL POETA

VÍCTOR MUÑOZ
Escritor

Este Gedeón nunca deja de sorprenderme. Aun cuando en muchas ocasiones he externado mi opinión sobre que su amistad me resulta perjuiciosa, siempre termino por recibirla porque en el fondo le guardo algún aprecio. Es que no es mala gente, solo un poco bruto.

Esta vez llegó a visitarme ya entrando la noche de un día jueves en que soplaba un viento norte bastante fuerte y helado. Es que estábamos en noviembre.

Como la muchacha, una vez que dan las siete de la noche ya o sale para nada a la calle porque afirma que le hace daño el sereno, yo mismo fui a la puerta a ver quién era el visitante. Se trataba de Gedeón, pero venía casi irreconocible. Estaba peludo y con una barba rala, porque es un poco lampiño, aunque un tanto larga; traía un saco más grande para su talla, un sombrero bastante arrugado y, en fin, más me pareció que se había dedicado a pordiosero.

-¿Querés pasar? - le pregunté.

-Aun cuando esta hora resulta ya poco propicia y un tanto inoportuna para visitar a los amigos, habré de aceptar tu amable invitación -me dijo.

Y entró. Además de ese su atuendo un tanto extravagante y de su caminado como de hombre importante, traía un par de libros bajo el brazo. De forma bastante ceremoniosa me indicó que prefería que conversáramos en el comedor, ya que, si mi gentileza fuera tanta, me estaría muy agradecido si lo invitaba a un café. Y se quedó mirando hacia ninguna parte de manera láguida y como extraviada. Me comenzé a preocupar. Una vez instalados en la mesa y con su café servido, comenzó la plática.

-Debo comentarte que he decidido dedicarme a poeta.

Confieso que al escuchar semejante noticia poco faltó para que me cayera de la silla. Es que me asusté sobremanera.

-¿Y eso? - le inquirí.

-Pues verás, durante muchos años anduve buscando un camino por dónde poder transitar felizmente y por fin lo he encontrado. Esta profesión, aun cuando es sufrida y para nada provechosa en cuanto a riqueza patrimonial se refiere, me traerá fama que de ninguna otra forma lograré alcanzar. Y no solo aquí, en este villano y paupérrimo país sino allende las fronteras en donde mi nombre brillará como faro indeleble e incandescente lo cual dará lustre incommensurable a mi país.

Yo estaba tan asustado al escuchar tales disparates que por un momento supuse que se trataba de una broma de mi amigo; pero no, siempre he sabido que aun cuando con alguna frecuencia comente torpezas, todo lo que hace



lo hace muy en serio. De pronto comencé a percibir cierto desagradable y característico olor a gente que no se baña. En cuanto notó mi molestia, y a modo de explicación, me dijo:

-He de contarte que este giro que ha dado mi vida me ha hecho cambiar algunos hábitos. Nosotros los poetas hemos venido al mundo a pasar penurias y limitaciones de todo jaez; sin embargo, nada es doloroso cuando la satisfacción es el culmen de toda carencia. Aun cuando con plena conciencia he escogido un camino doloroso, no me molesta. He encontrado en la poesía mi camino, mi realización, mi vida. Te leeré dos breves poemas que escribí hoy por la tarde y que forman parte de ciento trece poemas que escribí hoy mismo. Escuchad, por favor:

Los pollitos pían
y mamá gallina los arropa.
pío, pío, pío,
pío, pío, pío,
y ella, clo, clo, clo,
los arropa
y el gallo ki ki ri kiii...
canta gustoso.

El río
a cuyas pozas do íbamos a nadar cuando niños

a gozar de la naturaleza
a observar el raudo devenir del agua clara
y a ver cómo nadaban los pececillos
se murió.

¿Qué te pareció? Mi poesía cruzará los ignotos mares y de lejanas tierras vendrá el reconocimiento a mi excelso trabajo, de eso estoy seguro. Aunque aquí quizás nadie la valore en su justa dimensión, mi poesía tiene sonoridad, tiene el encanto de las aves, aullido de los lobos, el rumor de las noches de luna llena, el rumor del viento a su paso por los pinos y cipreses, el leve llanto del mar cuando en la hora nona acaricia las arenas eternas que recibe sus arrestos amorosamente. Y me voy porque he de confesarte que me ha llegado una violenta manifestación de inspiración y me urge sentarme a escribir unos veinte o treinta poemas sobre perros, gatos, venados y otros animales que si bien es cierto no ostentan raciocinio, expresan sus sentimientos por medio de sonidos que habré de explorar.

Y sin siquiera terminarse su café tomó sus libros y a las carreras, se despidió y se fue. Y yo me quedé perplejo; sin embargo, es correcto afirmar que, si al principio me preocupó que se hubiera dedicado a dicha profesión, bien pronto supe de seguro que no más tarde de unas dos o tres semanas se aparecerá nuevamente con una nueva historia. Veremos qué pasa.

LA LITERATURA EN EL PERIODISMO GUATEMALTECO DEL SIGLO XX (1900-1930)

CATALINA BARRIOS Y BARRIOS

Escritora e Investigadora

Los periódicos más importantes de esta época fueron el Diario de Centro América y La República. Sin embargo, El Imparcial también deja información válida.

El *Imparcial* se inició el 16 de junio de 1922, con la dirección de Alejandro Córdova y redactado por Carlos Gándara Durán y César Brañas.

Rafael Arévalo Martínez como uno de los

escritores importantes de esta época se menciona como autor de múltiples colaboraciones. Se cuenta como obra última del momento a *La Oficina de Paz de Orolandia* (2 de marzo 1925), y también comentarios por Federico de Onís, rector de la Universidad de Colombia.

Miguel Ángel Asturias fue colaborador de *El Imparcial*, se menciona su tesis "El problema social del indio". Cuando fue residente en París, matriculado en la Escuela de altos estudios, en Francia. Cuando regresó a Guatemala y recibió

homenaje de bienvenida (22 de marzo 1928).

De Porfirio Barba Jacob se cuenta su cambio de nombre de Ricardo Arenales a Barba Jacob. Desempeñó el cargo de Jefe de Redacción de *El Imparcial* (9 de agosto de 1922).

Redactor del Diario de la Tarde (22 de marzo de 1924).

César Brañas fue uno de los autores más mencionados en la página literaria. Se le menciona ya como novelista en su obra *Las Pupilas de Ópalo* (10 de enero de 1923).

Autor de su leyenda lírica *Sor Candelaria* (septiembre de 1924), relata sus motivos de viajes (24 de agosto de 1928).

De Rubén Darío resalta el epistolario lírico sobre su tumba por Efrén Castillo, de Quetzaltenango (17 de agosto de 1930).

El Imparcial le dedica gran espacio a Enrique Gómez Carrillo, desde su divorcio con Raquel Meyer y sus funerales en París (29 de noviembre de 1927), y múltiples comentarios de su obra. Se informaron de sus últimos días con su esposa Consuelo, ella vivió con Enrique en Niza.

Consuelo se quedó con cuadernos y cartas de Enrique, Francisco Méndez le dedicó un poema (27 de mayo de 1929) desde Quetzaltenango.

Flavio Herrera muy cercano a *El Imparcial*, publicó muchos de sus textos en este diario.

La página literaria de *El Imparcial* le dio espacio a muchos escritores guatemaltecos y extranjeros, que sería largo de enumerar.

A Francisco Méndez se le contó como los nuevos poetas y que principió a publicar desde Quetzaltenango.

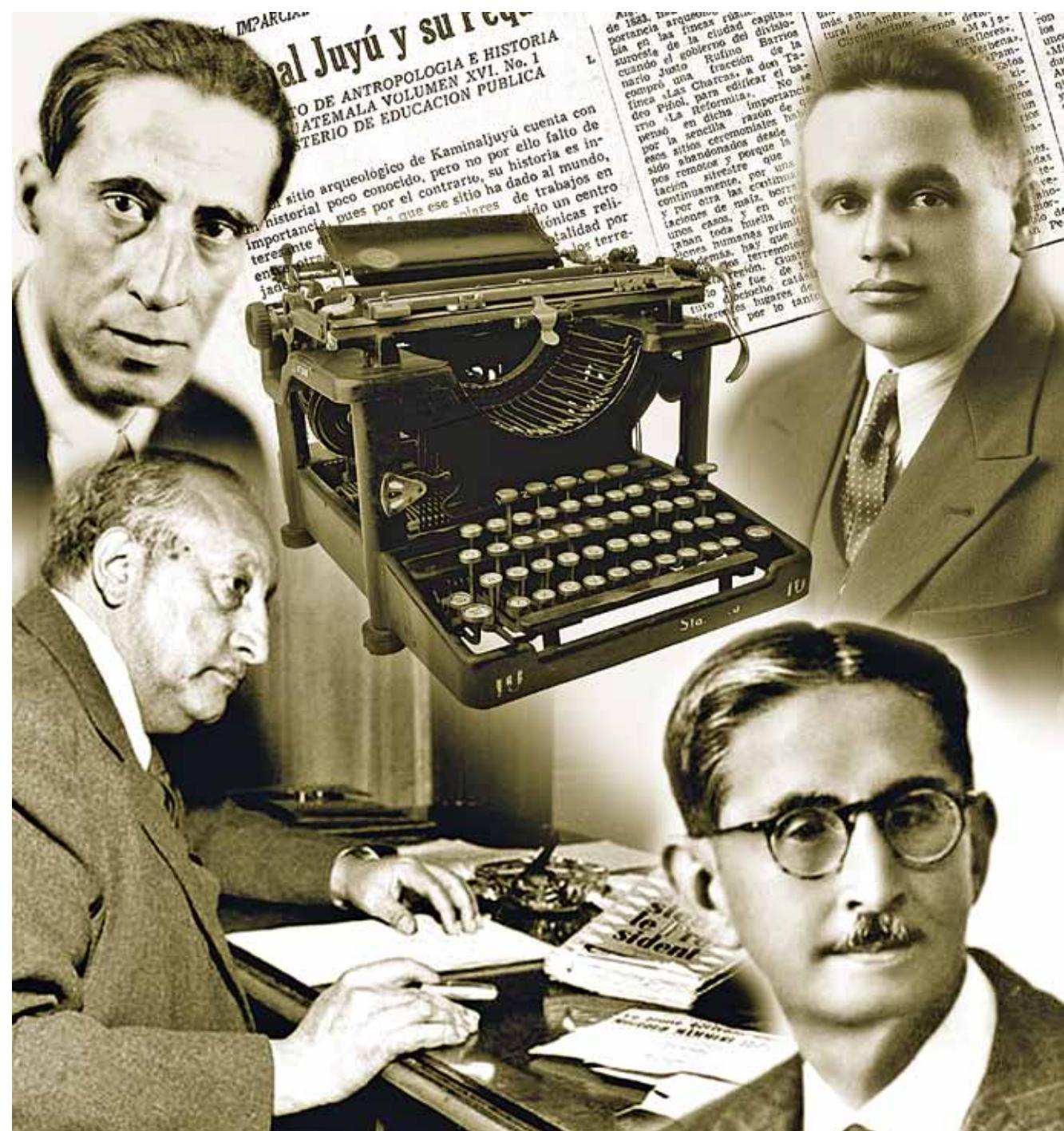
De Carlos Wyld Ospina se muestra apartado especial como novelista y cuentista.

Referente a la pintura ocupa lugar especial Carlos Mérida, él opinaba que la obra pictórica de América debía ser cubista. Mérida nació en Quetzaltenango, fue a París desde muy joven, trabajó con Picasso y regresó a América en 1921. Se decía de él que sus pinturas reflejan un sabor exótico con extraña mezcla de emociones primitivas y civilización antigua que deja al espectador completamente sorprendido.

El Imparcial le da cabida a comentarios musicales.

Refiere fechas de conciertos, especialmente del maestro Ricardo Castillo y su esposa Georgette Contoux (19 de junio de 1924).

En lo que se refieren al teatro en *El Imparcial* resalta la ópera en el Teatro Rex, actividades en el Variedades. Como autor se menciona a Drago Bracco (1 de enero de 1926). Se pedía un edificio para el Teatro Nacional y se sugería la plazuela donde estuvo el Colón. Se hablaba de un proyecto de Yela Günther y José Castañeda (27 de septiembre de 1930).



POESÍA CARLOS INTERIANO

RADIOGRAFÍA DE UN POETA

A Matheus Kar

inventapalabras

rajadura de luna por donde escapa la
luz de la poesía

madejadeletraviva

sendero donde transita el
pensamiento de poeta

crisol lleno de
sueños

reguero de ideas nuevas

sembradio de palabras que germinan
como esporas de tiempos nuevos

alba de un nuevo día
de noveles tiempos que expresan lo
sublime de las letras

y lo escarpado de la vida

trenzapalabras

numen de vida en el profundo
sentir de la poesía

LEALTAD

le digo a mi sombra que no le seré
infiel porque la parte que no refleja de
mí es porque

tiene luz propia y no
requiere compañía para andar
sus pasos

esa parte luminosa sin embargo es un
yo que permanece cabizbajo
como un dios vencido como una espada
doblegada en una batalla perdida

en ese yo que no confieso se refugia
la lealtad de mi palabra lo profundo de
mis sueños y una incontenible
adoración a la tristeza

pero esta sombra mía
obstinada presencia de mis penas
me persigue y me sepulta en lo amargo
del silencio
y me quita el aliento y me roba la vida

AMANEZCO

amanezco a veces con un sabor de
ausencia en las pupilas
con el extraño aroma de ese otro yo
que se quedó extraviado en no sé qué
olvidada esquina

pero amanezco y eso ya es bastante

me palpo los bolsillos de la muerte y
detecto que aún me queda un hálito
de vida para saltar
espinas

en una corona que nadie solo yo
ha fabricado

soy lo que soy
marea parva y trueno reposado
a veces soplo de viento sin destino
soy el luzbel que perdió su paraíso
y se niega a ser feliz rodeado
de atavismos

pero amanezco aunque las aguas
bravas me seduzcan a dejarme caer
en la tormenta

LOS CIRIOS

qué tristes se ven los cirios

sabrán los cirios acaso que sin ellos
la oración es como un bocado de
luna sin sorbos de tibio viento

cómo derraman los cirios sus
lágrimas de congoja sobre sus
cuerpos enjutos
cómo se van consumiendo
entre llamas de tristeza sus
energías de cera

por quién se beben los cirios sus
lánguidas llamas de pena
a qué oración
le hacen guardia con su luz
llena de gracia

qué pena siento por ellos por
sus cabos derrotados
por sus lágrimas
de sueño sobre
su cansada esperanza

sabrán los cirios acaso que son el eco
cercano de esta vida que entre flamas
la va marchitando el tiempo



NARCISO ENTRE EL TRÁFICO

un narciso estrellado en sus aguas
turbulentas escarba sus trozos de ego que vagan sin
rumbo ni destino

orgullo en ruinas

los carros pasan
pero no son autos
son solo ataúdes de almas vagando en
la rutina de esta ciudad hecha
pedazos con un cielo impregnado de
smog y de mentiras

de vez en cuando una bocina nos
recuerda que aún puede asfixiarnos el
monóxido que exudan los escapes

una sirena pasa luchando a brazo
partido con la muerte

narciso no lo entiende solo busca los
pedazos de su rostro en las aguas
moribundas del hastío

AL MANDADO Y AL RETOZO

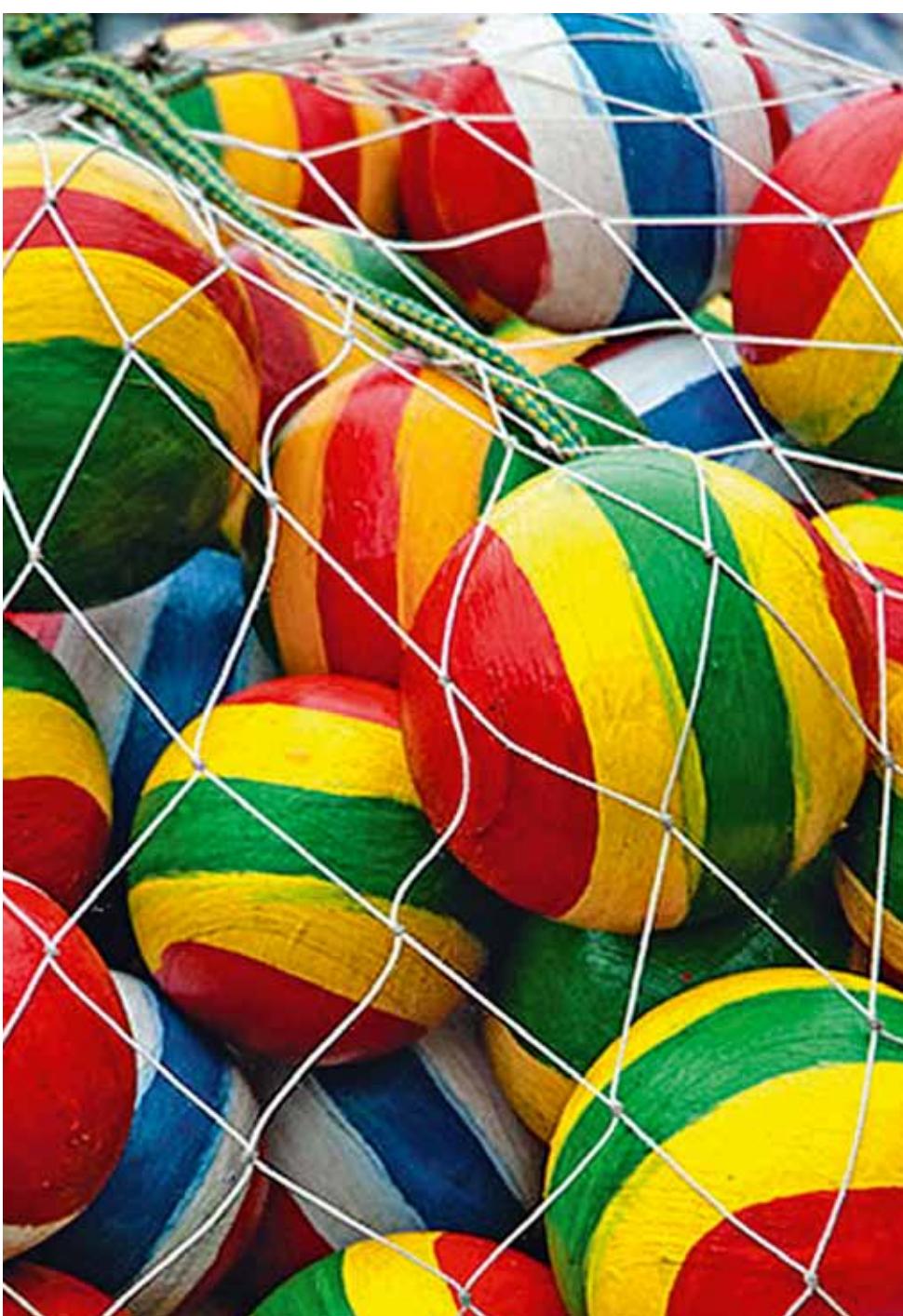
MARIO ROBERTO MORALES
Escritor, académico y periodista

En el mismo pequeño y lejano país al sur de México, del que he hablado tanto, un recado no es un mensaje que alguien envía a alguien más sino lo que los niños derraman sobre su ropa a la hora de comer, lo que la gente le pone encima a los tacos, a los huevos, a la carne e incluso al pescado.

En otras palabras, el recado es una salsa. En realidad, es muchas salsas, porque en el país de marras hay tantos recados como platillos originales y de lo más exóticos que pueda uno imaginarse. Pues bien, expresiones como: Pasame el recado, o está muy bueno el recado, o el recado estaba mejor que la carne, o qué rico recadito, o echale más recado a tus tacos, y otras, pueblan la conversación durante las comidas, que constituyen verdaderos festines a pesar de los increíbles índices de pobreza y miseria que el país padece para vergüenza de su chata clase dominante, que a estas alturas no ha ideado una forma de dominación que le asegure el apoyo de su ciudadanía, a la que insiste en mantener bajo la bota militar y la economía colonial.

A su vez, los recados entendidos como mensajes son, para esta ciudadanía sufrida, “mandados”, de modo que uno le envía mandados a sus amigos y los recados se los come con o sin ellos, cuando uno tiene hambre. Entre mandaditos y recaditos uno puede

vivir la vida con aceptable felicidad, en vista de que en este país todavía la gente se consulta entre sí o se envía mandados para averiguar lo que no sabe, ya que aún no se llega a la etapa en la que todo el mundo lee instrucciones y actúa conforme a ellas sin consultarse. Curiosamente, las instrucciones provocan en este conglomerado devorador de recados y prodigador de mandados, precisamente la actitud de contradecirlas. Por eso, uno debe preguntar si se puede pasar por cierta calle, independientemente de que la misma cuente con señales de tránsito, y ver hacia el lado contrario del que indican las flechas de los rótulos callejeros, por si las moscas.



Como el recado es lo que le da sabor a la comida y los mandados no sólo significan mensajes sino también la acción de salir a hacer lo que uno tiene que hacer, expresiones como “al mandado y no al retozo”, tan populares en todas partes, pueden significar equivalentes como “al hueso, por el recado”, expresando así la incontenible voluntad que esta ciudadanía patentiza de ir al grano cuando del placer se trata. “Al mandado”, suele ser, pues, el aforismo que sintetiza cierta filosofía de la vida y del enamoramiento y la seducción, los cuales, por lo general, empiezan por la cocina, por la comida y por un recadito que hace las veces de las agüitas que las abuelas les daban a beber a los abuelos cuando eran adolescentes, para que se prendaran de ellas.

Lo sorprendente de todo esto es

observar cómo del placer gastronómico de los recados, estos alegres ciudadanos pasan sin preámbulos al placer erótico del retozo cuando a veces no ha mediado en ello ni siquiera el más mínimo mandado. Todo lo cual hace honor a una manera desparpajada de vivir (sin señales ni manual de instrucciones) que no se explica si uno insiste en tomar en cuenta los índices de pobreza y miseria de que hablábamos arriba; manera de vivir que encierra en sí misma el secreto de una felicidad que no podrán conocer nunca los causantes de esa pobreza y esa miseria, ya que ellos no creen que es posible que un camello pase por el ojo de una aguja, y se les hace mucho más difícil aceptar que un recadito se convierta en mensaje o un mandado en retozo, de donde arranca la brutal sentencia de que no entrarán jamás en el Reino de los Cielos.